

EL PRECIO Y EL APRECIO

Lo que más vale es casi siempre lo que no vale nada, decía con frecuencia un amigo de mi padre cuya fama de manirroto deterioró tanto su imagen social, que sólo mi padre mantuvo su amistad cuando ya el pródigo no tenía donde caerse muerto.

Determinar un precio es establecer un valor de cambio, hacer una valoración y, como bien sabemos, todo tiene un valor, se vive cobrando lo que se hace, no hay vida regalada sin contribución.

Los escritores, los creadores en general, intentamos vivir de lo que escribimos, de lo que creamos. Bienes espirituales, según vieja y bella terminología, bienes culturales, productos de la inteligencia y la sensibilidad. Obras, a fin de cuentas y, sin remedio, con el precio necesario derivado de la propiedad no menos necesaria.

Un precio que con frecuencia se adorna con un aprecio, el del gusto, el del placer que entre la inteligencia y la sensibilidad tanto coadyuvan a que la vida sea más intensa, más rica, más hermosa. Se aprecia lo que tanto nos gusta y admira, la materia de esos bienes se hace materia de nuestras propias vidas, y todos tenemos la experiencia de una deuda espiritual extrema con el autor de ese libro que tanto nos conmocionó, de ese cuadro, de esa sinfonía.

Es tanto el aprecio que hasta podríamos olvidarnos del precio. Es tan fuerte el valor de la emoción estética que hasta nos parece inocuo cualquier otro valor.

¿Cómo puede valer algo lo que nada vale, lo que tan intensamente nos corresponde porque lo hacemos nuestro, porque ese libro, ese cuadro, va a formar parte de nuestra vida, ha contribuido a nuestra felicidad, a nuestra más íntima experiencia?

Ciertamente, el aprecio es muestra de reconocimiento y estima, de valoración afectuosa. Elementos sustanciales para que la obra cobre su dimensión, encuentre su destino, obtenga la mejor respuesta en sus destinatarios. Y sería absurdo no reconocer ese punto halagüeño entre el aprecio y el precio, entre la generosidad con la que la creación se sustancia y la necesidad con que se sustenta.

La sociedad tiene la obligación de articular ese reconocimiento, el orden jurídico de establecerlo y, dadas las posibilidades tecnológicas de difusión fraudulenta, de falsedad y falta de respeto a la obra creada, también es preciso articular la vigilancia, hacer posible el respeto en su totalidad.

No voy a exagerar diciendo que el precio debiera ser algo así como el aval del aprecio, no se trata de acomodar equivalencias, hay amores distintos que se complementan en la realidad de las cosas, el creador debe ser dueño en el dominio de lo creado, en la proporción que le corresponde, faltaría más.

El buen precio puede resultar socialmente una muestra cabal del aprecio, una forma de seguridad y buen sentido. Lo que decía el amigo de mi padre me parece maravilloso, ya que como escritor siempre tengo la sensación de que lo que escribo no vale para nada, una manera de acrecentar mis convicciones imaginarias, también el reto de mis ambiciones.

Nada vale lo que vale tanto, lo que tanto cuesta y tan desproporcionada y maravillosamente nos satisface.

¿Quién puede pagar en su justa medida el haber conocido a Ana Ozores, Ana Karenina o a Julián Sorel...?